

"La Nación" Buenos Aires.
7 marzo 1915 4-94



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

LEYENDO A MARAGALL

(Para LA NACION)

SALAMANCA, enero de 1915.

I

En estas pasadas vacaciones de navidad, después de una pequeña campaña en Madrid, encerréme en casa a descansar, a leer, a estudiar, a meditar, a escribir, a prepararme a nuevas luchas, en fin. ¡Ah! y a buscar nueva materia para mis obligados escritos y alimento para mi espíritu a la vez. Que el que consume para producir, acaba por no poder pasarse sin el consumo.

Eché mano, entre otras cosas, de un gran amigo muerto, de Juan Maragall. Quiero decir que de sus libros. Hase publicado sus obras completas en once volúmenes, seis de la serie castellana y cinco de la catalana. Y en aquella, en la serie castellana, cinco volúmenes son de «Artículos». Los artículos que Maragall publicó de 1892 a 1911, durante diez y nueve años, principalmente, casi en totalidad, en «El Diario de Barcelona». Y ha sido para mí una fiesta recorrer en unos pocos días, muy pocos, esta labor fragmentaria, de articulista periódico, de cerca de veinte años. Era como un nuevo conversar con mi amigo, que goza ya de la paz y el silencio que tanto amaba y en el seno de su tierra catalana.

Maragall fué un poeta, un gran poeta, un poeta grandísimo—mayor que él no le tuvo España en el pasado siglo—y un poeta catalán. Pero lo más, en cantidad, que de él nos queda son artículos en prosa castellana. Y en ellos hay que ir a buscar no su filosofía, que en rigor no la tuvo, sino su estética reflexiva. Porque si sintió e imaginó en catalán, pensó en castellano, en la lengua en que no sentía. Y de aquí la discreta moderación, la timidez, la opacidad gris de su pensamiento, cuando en sus poemas se nos aparece tan transparente y tan nítido.

Maragall fué un poeta, pero un poeta catalán, a quien la vanidad primero, según él mismo nos lo confiesa y dice, el hábito luego, una necesidad interior, le llevó a escribir periódicamente artículos en prosa castellana y a ser aquello de que más renegaba a las veces: escritor profesional.

Primero y ante todo y sobre todo fué un poeta. ¿Y qué es ser un poeta? El mismo va a decirnoslo. Hablando de Ruskin (1-8, II, 1900—y de aquí en adelante señalaré así las fechas de sus artículos), nos dice que era un poeta, es decir, «que tenía una visión total de la vida por la belleza». En otro, al tratar de Campoamor (21-II-1901) y llamarle el poeta de mayor substancia de la España del siglo XIX, añade: «Queremos decir que es el que ha tenido un sentimiento más completo de la realidad poética de la vida y expresión más propia y luminosa de ella.»

Otra vez, comentando el que se le hubiese concedido el premio Nobel a Sully Prudhomme, y que la obra de éste revelara un espíritu investigador y observador, según el informe de la Academia de Estocolmo, dice Maragall que «no son éstas precisamente las cualidades esenciales de un poeta» (19-XIII, 1901). Otra vez nos dice que «así como cada planta da su flor, siendo uno solo el misterio de florecer, cada poeta da la misma palabra eterna según él es», hablando del poeta catalán Pijoan (24-X-1905). En el fondo, Maragall sentía, como Novalis, uno de sus poetas preferidos, y cuyo «Enrique de Ofterdingen», traducido al catalán, que: «la poeta es la sola realidad absoluta; he aquí en substancia toda mi filosofía. Cuanto más bella una cosa, más verdadera es.»

Era, pues, el suyo, como el de Novalis, uno que podríamos llamar panpoetismo y del cual surgió su filosofía toda, si es que de filosofía maragalliana se puede hablar. Y es que Maragall era ante todo y sobre todo un poeta, nada menos que un poeta. El mismo, al hablarnos de su D. Juan Marié («Mi D. Juan Marié», 26-IX-1901), nos dice: «El hijo de la voluntad, vió en mí a un hijo de la fantasía. Y tras algunas tentativas, tan cariñosas como vanas, para educar mi voluntad en su escuela, resolvió que yo era solamente un poeta, y se resignó a mi compañía.» ¡Y cómo debía halagarle a Maragall, en el fondo de su alma, este juicio de su maestro amigo! «Porque por más que se ría la gente—decía—, lo cierto es que a la corta o a la larga los poetas son los que mueven el mundo. ¿Qué político, qué industrial, qué hombre de ciencia, ha tenido más parte que Maragall en la formación del alma catalana moderna?»

Era, pues, Maragall un poeta, y un poeta, naturalmente, catalán, en su lengua propia, en aquella en que sentía, en la que su madre le enseñó a balbucir en la cuna, en la del pueblo que le rodeaba. Y es que no cabe ser poeta en otra lengua que en aquella en que se siente, en el dialecto conversacional. Y tomo aquí la voz dialecto—dejándome de ridículas discusiones, en cuyo fondo no hay sino dos vanidades contrapuestas e igualmente incomprensivas—la tomo en su sentido más primitivo y directo, en el etimológico, lenguaje conversacional por oposición al escrito y oficial. Y así cabe decir que junto al castellano oficial, académico, hay tantos dialectos castellanos, o si se quiere españoles, como pueblos o localidades, y si me apuran mucho, tantos como individuos. Y el poeta tiene que cantar en ese su dialecto.

Hay más aun, y es que el poeta, más que otro cualquiera, crea su lengua. Por eso es poeta. Y lo somos todos en cuanto, en cierto modo, creamos nuestra lengua. En un artículo titulado



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



«Poesía viva» (26-11-1903), que Maragall dedicó a las «Extremeñas», de José María Gabriel y Galán, después de decirnos que «somos poetas de verdad cuando forzados por el ritmo de una delicia misteriosa que nos produce súbita e inesperadamente una realidad, la cantamos sin saber lo que nos decimos», contraponen unos versos oratorios, más bien declamatorios y enfáticos de Quintana, a unos de Galán, en dialecto extremeño. Y después de decirnos que antes se le olvidara el nombre de Quintana que el de Galán—esto es algo fuerte—dice que los versos de aquél están «en hermosa lengua castellana, de la legítima, de la académica; en una palabra, de la oficial». Lo que ya no es cierto. Porque la lengua legítima castellana no es la académica, no es la oficial, la única que en rigor conocía Maragall y la única que pueden conocer los catalanes que no han vivido fuera de Cataluña y aun muchos que fuera de ella vivieron. Como que se les conoce. La lengua castellana de Balmes, la de Piferrer, la de Pi y Margall, la de Sardá y Salvany, la misma de Maragall, con todas sus excelencias, jamás sabe a dialecto. Y es que la lengua castellana viva, aquella en que se puede cantar poesía viva, es una integración de dialectos. Y hay dialecto santanderino y burgalés y palentino y zamorano y salmantino y avilés... y luego de cada pueblo y aun más.

«Yo creo—añadía Maragall a propósito de Galán—que así que una lengua llega a ser oficial, ya no sirve para la poesía». Y creía bien. En cuanto oficial... ¡no! no sirve. Ni para la prosa viva, para la verdadera prosa poética, es decir, para aquella en que uno piensa, esto es, crea, según va escribiendo y no para aquella otra en que repite lo ya pensado y oficialmente admitido. «El castellano académico lo entendemos todos demasiado, y así para nosotros ya no puede ser un lenguaje emotivo, ya no puede ser emotivo», dice luego. ¡Claro está! En una lengua hecha, acabada, sólo puede expresarse bien el pensamiento hecho ya, acabado. Pero el pensamiento que se está haciendo, en vías de formación acaso tumultuosa, el pensamiento en creación, o sea el pensamiento poético, ese sólo puede adecuadamente expresarse—sea en verso o no—en una lengua en vías de formación, acaso tumultuosa, en una lengua en creación, en un dialecto. Y no pocas veces en un dialecto individual.

«El alma del pueblo es esencialmente dialectal y sólo ella es manantial de poesía» dice luego Maragall, y añade: «El inglés de Dickens es estrambótico; el del poeta Burns es un

dialecto escocés; el modernísimo de Rudyard Kipling es una mezcla de «slang» londinense, y dialectos coloniales; y los tres autores son de los que, modernamente, más al vivo han mostrado el espíritu inglés.» Indudable, pero a condición, ¡claro está! de que ese dialecto sea algo sincero, natural. Porque puede muy bien ser otro artificio más. Y en cierto modo—hay que decirlo, pues es verdad—el dialecto extremeño de Galán era un artificio, un artificio que por limitación a Vicente Medina tomó el poeta, que era maestro de escuela, que había enseñado gramática académica y que era salmantino y no extremeño. Porque, en el pueblo en que nació y se crió Galán, en Frades de la Sierra, en el riñón de la charrería salmantina, se habla también, como en todas partes, un dialecto, pero que no es precisamente el que se habla en el Guljo de Granadilla, lugar extremeño donde Galán se casó y estableció y cuyo lenguaje o dialecto remedaba en sus versos extremeños. Y más de una vez le dije que en ese remedo corría riesgo de cometer pecados, no de omisión, sino de comisión académica, es decir, no que las palabras y giros extremeños, o más bien granadillenses, insertos en sus poesías no fueran de los que realmente se usaban por el pueblo, sino que otros vocablos y giros, oficialmente castellanos o académicos con que allí rellenaba los huecos del dialecto, no serían de los usados por el pueblo.

Que también en esto del dialecto, y sobre todo cuando se escribe en él por oposición consciente al lenguaje oficial, hay insinceridad y hay hasta... academismo. Es que los escritores catalanes no tienden a crear un catalán, si no oficial, por lo menos oficial, unitario, académico? ¿Es que la lengua en que está escrita la «Atlántida» de Verdaguer es la que habla el pueblo de la plana de Vich, donde nació y se crió el poeta? El catalán, y con el vascuence, el gallego y el bable, son, como el castellano, un conjunto de dialectos cada uno, más o menos integrados, y lo mismo puede cometerse pecado de academismo escribiendo en catalán, en vascuence, en gallego o en bable que en castellano. A la lengua española oficial o académica le llamó Maragall «un acartonado «volapük» hispanoamericano para el comercio, la gaceta y la prensa de gran circulación» y la llamó bien, pero yo añado que en mi nativo país vasco se ha dado en escribir un vascuence o eusquera que es peor que un acartonado «volapük», porque es una insoportable jerigonza





de gabinete que ni los mismos que la escriben la entienden.

Sí, el poeta verdadero no puede cantar más que en dialecto, pero en el suyo propio, individual. Maragall en el dialecto maragalliano. En una lengua personal, pero que puedan entender los otros; en una lengua que, en rigor, vaya uno creándola según habla; aunque, como es natural, con materiales que toma de su pueblo, con palabras que oye. Y esto no sólo con el verso sino con la prosa.

El encanto de los escritores que piensan escribiendo, que escriben acaso para pensar y no piensan para escribir ni escriben por haber pensado—recuérdese lo de Schopenhauer, que tantas veces he citado;—el encanto de esos escritores es que se hacen su lengua, es decir, tienen estilo. Y no le tienen los que aplican una lengua hecha, una receta. Y así en castellano tenía acaso más que nadie estilo Santa Teresa, que escribió en dialecto teresiano, en una lengua que se iba ella misma, con vocablos avileses, creando. Y de otro escritor de estilo personalísimo, y por cierto muy enrevesado y difícil, de Plotino, dice el docto historiador alemán de la literatura griega Wilamowitz-Moellendorf, que pensaba con la pluma. Como que se le siente pensar cuando se le lee y se siente que aquél pensamiento es una tragedia.

¿Es que así, escribiendo cada uno en su dialecto, no hemos de entendernos?

Al contrario. No sólo nos entenderemos, sino que nos comprenderemos mejor. Hablando Maragall del «Cançoner» de José Pijoán escribía: «Así su palabra es palabra de gracia. Yo no conozco en la poesía catalana una cosa igual: que la expresión sea tan poco «literaria», tan popular y también tan personal e inconfundible; que sea tan genuinamente catalana, y al mismo tiempo tan llena de sentido que parecida en una lengua universal que todo el mundo ha de entender. Es esta lengua universal que está en el fondo de todas las lenguas, y que hace que cuanto más profundamente una lengua es lo que es, más viene a ser todas las lenguas; cuanto más particular, más general. Esta lengua universal es la poesía. Y el día en que la poesía humana llegue a donde ha de llegar, cada hombre hablará una lengua individual y, sin embargo, todos se entenderán unos a otros».

Esto está bien, muy bien, y es digno del gran poeta, del excelso poeta catalán, y español por lo tanto, que sentía con Novalis que la poesía es la sola realidad absoluta. Sí, la sola realidad absoluta es lo absolutamente real, lo absolutamente concreto, la conciencia individual expresándose con su dialecto individual, personal. Y todas las conciencias se unen y armonizan, aun luchando entre sí, en una sola conciencia, que es la humanidad común. Y esa lengua poética es la verdadera lengua universal, y no cualquier «volapük» o «esperanto», más o menos ridículo. Y hasta hay quien se atreva a escribir poesías en... esperanto! ¡Que Apolo acabe de entortecerle de tal modo que hasta escribir olvide!

Y este poeta, este gran poeta Maragall, este poeta catalán lo que más escribió fueron artículos periodísticos en prosa castellana. Cerca de 250 artículos contienen los cinco volúmenes de «Artículos» de la serie castellana de sus obras, esto sin contar los «Elogios» castellanos y algunas otras composiciones en prosa y no falta—¡qué ha de faltar!—poesía y muy honda poesía en esos artículos en prosa castellana. Y tanto más cuanto más se avanza en ellos. En sus últimos años, cuando decidaba en su temprana muerte, en su ocaso, destilaba más gloria el alma tiernísima y transparente de Maragall.

Hay en esos artículos, entre muchas cosas de ocasión, del pícaro oíicio, de puro periodismo de actualidad aparente, otros de eterna actualidad, que siempre se lee con igual interés, de eterna poesía. Sobre todas las que le inspiraban sus salidas al campo y sus vueltas desde él a la ciudad—¡la ciudad!—a aquella Barcelona que tan intensamente guiso y tan hondamente comprendió. ¡Como que la comprendió poéticamente! Basta leer su «Oda nova a Barcelona».

La mayor poesía de los artículos en prosa castellana de Maragall hay que ir a buscarla, en efecto, en aquellos que describen sensaciones de campo, de montaña, y en los de las fiestas tradicionales. Así «Pascua de Resurrección» (10-IV-1898), «La Montaña» (XI-1901), «Poesía de noviembre» (7-XI-1901), «Canción de Navidad» (26-XII-1901), «Corpus» (29-V-1902), «Navidad» (25-XII-1902), «El día de San José» (19-III-1903), «La paz de los campos» (29-VII-1905), «Sensaciones de otoño» (31-X-1905), «Martes santo» (10-IV-1906), «Alegría de Pascua» (16-IV-1906), y tantos más. Sobre todo en





su última época.

Como los niños sentía hondamente la poesía de esas fiestas solemnes—"so-lennis", de una sola vez al año—que vuelven cada año, y sentía la dulzura de hablar del tiempo, de lo de hoy, de lo de siempre.

Y hay en su prosa castellana no ya pasajes de una intensísima poesía, sino frases, frases sueltas, que él tanto amaba. Pues me ocurrió más de una vez con él leyéndole poesías o dándoselas a leer, que se detuviese no en un pensamiento, aunque fuese poético, no en una metáfora, sino en una frase halagadora. Recuerdo que al leerle mi romance "El ciprés y la niña", me detuvo al llegar a los dos versos que dicen:

Y en las serenas tardes
de los tranquilos días

y los repetió dos o tres veces. Y en la composición "La Catedral de Barcelona", que le dediqué, lo que me señaló no fue lo que yo creía y sigo creyendo haber allí puesto de más intenso, sino en estos cuatro versos:

A esta mi áspera tierra catalana,
a los adustos campos de Castilla,
de Portugal a los mimosos prados
y al verde llano de la dulce Francia,

discutiendo tan sólo si no habría estado mejor decir "de la Francia dulce". Pues de esas frases están los artículos en prosa castellana de Maragall llenos. Ya cuando nos habla de "la divina sonrisa de los moribundos", ya "al dorado caer de la tarde", ya cuando la frase le resulta un endecasílabo, como aquello tan sugestivo de "la triste paz de la mujer estéril". ¡La triste paz de la mujer estéril! ¡Cuánto no dice esto!

Otras veces la frase es ingeniosa, mas si se ahonda en ella se ve que no hay más que ingenio y sofisma. Como lo de "dar la vaciedad del alma en humo de palabras". Porque donde hay humo hay fuego y no cabe dar humo de palabras sin haber antes encendido algún fuego, aunque sea de virutas y hojarasca.

Por donde quiera en los artículos periodísticos de Maragall, y más, como he dicho, según él se acercaba más a su muerte, encontraremos poesía.

Y ahora bien; este poeta, nada más que poeta, según lo dijo Mañé y Flaquer, nada menos que poeta y poeta catalán, ¿cómo se movió a dedicarse a periodista o articulista en castellano? Tenemos en esto que oírle a él mismo, porque formuló terribles juicios contra esta profesión de escribir periódicamente para el público. Vamos a verlo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

